

Ya el obcecado hermano  
el arma revolvió contra tu pecho,  
y en el confín postrero colombiano  
te brinda hidalgo hispano,  
si patria te faltó, su honrado techo.

A ese asilo postrero,  
del piélago mezclándose al bramido  
o al lejano clamor del marinero,  
¿qué acento lastimero  
fúnebre vuela a golpear tu oído?

¿Qué asolación augura  
tu voz doliente que en los aires gira?  
De negra ingratitud víctima pura,  
en hórrida espesura,  
¡cielos!, el Héroe de Ayacucho expira.

En tan solemnes días,  
por la orilla del mar, los pasos lentos,  
y cruzados los brazos cual solías,  
hondas melancolías  
exhalabas a veces en lamentos.

Ora pasara un ave,  
ya hender vieses el líquido elemento  
sin dejar rastro en él, velera nave,  
murmurabas: «¿Quién sabe  
si aré en la mar y edificué en el viento?».

En sordos aquilones  
oías como lúgubres señales:  
«¿Si caerán sobre mí las maldiciones  
de cien generaciones?  
¡Ay, desgraciado autor de tantos males!».